

Muere El Cabrero, el cantaor al que el miedo hizo rebelde y no borrego



El cantaor flamenco El Cabrero ha fallecido en Aznalcóllar a los 81 años de edad. Cabrero de profesión y anarquista de filiación, llegó a convertirse en el cantaor con más proyección internacional pero nunca dejó de sacar a sus cabras.

Redacción El Salto

13 may 2026 12:10 | Actualizado: 14 may 2026 09:01

Se llamaba José Domínguez y había nacido en 1944 en Aznalcóllar, Sevilla, pero todo el mundo del flamenco lo conocía por el sobrenombre de El Cabrero, con el que llegó a convertirse durante los años 80 en la figura del cante jondo con más proyección internacional. Era cantaor y cuidaba a sus cabras, lo que siempre había querido hacer. Nunca buscó otra cosa: ni publicar discos, ni hacer giras lejos de casa, ni conceder entrevistas.

Su cante, atávico y anarquista, se ha apagado el 13 de mayo de 2026 en el Hospital San Juan de Dios del Aljarafe, como ha comunicado su hijo El Crespo Zapata, también cantaor, a través de Facebook: "Con todo mi dolor tengo que comunicaros en nombre de mi familia el fallecimiento de mi padre, El Cabrero. La capilla ardiente se instalará en el Teatro Municipal de Aznalcóllar. Sabemos lo que supone esta pérdida para muchos de vosotros".

"No levantaba ni dos palmos del suelo y ya me rebelaba contra lo que veía injusto", aseguró en una entrevista de Israel Viana en El Salto en 2017. Por eso quiso que su arte se convirtiera en un arma de doble filo con la que criticar los abusos del poder y reivindicar el papel de los oprimidos. Eso fue lo que le encasilló como "cantaor político" o "fenómeno social", ganándose sobrenombres tan ridículos como el de "cantaor de la Transición" o el Johnny Cash del flamenco. Apelativos que él siempre rechazó, pero que ayudaron a agrandar su leyenda a lo largo de casi cincuenta años de carrera.

"Algunos dicen que soy un cantaor político, pero los políticos son los que comen del pesebre y se hacen fotos con los que mandan, y no yo, que lo que hago es cantar lo que siento y guardar cabras. ¿Que si creo que me ha perjudicado? No es que lo crea, lo sé. Pero eso lo sabía desde el primer día y no me arrepiento", razonaba con convencimiento en aquella ocasión, cuando con 72 años todavía sacaba todos los días a sus cabras, si no se encontraba de gira. Un par de años después se retiró de los escenarios tras sufrir un ictus.

En los años 90 participó en los festivales de world music y jazz más importantes del mundo, compartiendo cartel con artistas como Chick Corea o Gilberto Gil. En 1993, Peter Gabriel lo incorporó a su gira por Estados Unidos. Pero la primera vez que a José Domínguez le ofrecieron grabar un disco, lo rechazó. Para qué grabar un disco si él no quería abandonar el oficio de cabrero. Si aceptó lanzarse a aquella vida ajetreada de focos y festivales fue, al principio, por necesidad. Tras ese primer rechazo, Pepe Carrasco —asesor de la discográfica Belter, letrista de Camarón y de casi todas las figuras de la época— tuvo que esperar hasta 1975 para proponérselo de nuevo y conseguir que firmara.

El acuerdo al que llegaron consistió en realizar aquel álbum a cambio de que la discográfica le pagara los gastos de la clínica a su compañera, Elena Bermúdez, en el parto del primero de sus tres hijos. Así lo recordaba en aquella entrevista: "Yo no tenía interés en grabar, solo quería vivir dignamente con lo que dejaban las cabras, pero, qué va, era imposible. No teníamos ni para pagar un médico. Yo no podía consentir que Elena diera a luz en esas condiciones y no lo dudé. ¿Que cómo me sentí con aquel trato? Como el que ha hecho lo correcto. Elena estuvo bien atendida y sobraron algo más de mil pesetas, que nos hacían mucha falta, pero para que el trato se cumpliera, se las dejamos de propina al personal".

En la canción "Como el viento de poniente", El Cabrero habla de sí mismo como de una oveja negra que supo esquivar las piedras que le tiraban a dar. "Y entre más pasan los años, más me aparto del rebaño, porque no sé a dónde va",

expresa en la letra sobre su alejamiento voluntario de lo que se espera de un cantante famoso. “Mis letras son el retrato del mundo que he trillado, a fuerza de echarle pasos”, explicaba a El Salto, subrayando además que lo que cantaba era atemporal: “Parece que estamos dándole vueltas a la noria, como el mulo, con los ojos tapados. Por ejemplo: ‘Que devuelvan el dinero, que se llevó el capital, que están ricos los banqueros y también la patronal, esa que explota al obrero’. Yo lo veo así”.

En 1982 acabó con sus huesos en la cárcel tras una actuación en Alcolea del Río, condenado por blasfemar tras soltar un “me cago en dios”. “Fue un momento muy duro, yo no me sentía culpable de nada”, recordaba 35 años después y aseguraba haberse sentido muy enfadado e impotente. “Me encerraron porque era yo, no por lo que dije. Allí no hubo ningún escándalo público. A los pocos meses me volvieron a contratar y, cuando me fui a disculpar, los aplausos no me dejaron terminar. Hubo mucha movilización social y, en vez de dos meses, solo estuve tres semanas en la cárcel”.

No fue la única ocasión en que El Cabrero durmió entre rejas. Su reivindicación de las cañadas, veredas y abrevaderos públicos usurpados por los terratenientes y otros agricultores también le ocasionó encontronazos con las autoridades. “Comencé a reivindicar las vías pecuarias en 1974. Ni los abogados sabían qué eran las veredas, pero yo sí. Y ganamos todos los juicios, que fueron muchos. Durante años estuve solo, con la ayuda de Elena. Y la cosa llegó hasta las Cortes y al Parlamento de Andalucía. Y luego llegaron los ecologistas... ¡Yo sé bien las veces que acabé en el cuartel de la Guardia Civil y ante el juez!”, contaba a El Salto en 2017.

Sus padres le decían de pequeño que las paredes oían. Por eso nunca le hablaron en casa de sus dos tíos fusilados por ser republicanos. Ni de un tercero que tuvo que huir a Francia tras la guerra. Tampoco de cuando su madre —la misma que le llevaba de niño a escuchar a Pastora Pavón, Fosforito, Pepe Pinto o Juanito Valderrama— fue obligada a ingerir aceite de ricino, rapada y paseada por el pueblo como a una bestia. Durante su infancia todo era miedo a su alrededor. Un miedo que forjó su carácter y su carrera.

Muere El Cabrero, el cantaor de la libertad, a los 81 años



Retirado desde hace siete años por problemas de salud, su fallecimiento supone el adiós definitivo al artista que, con sus letras incendiarias, cantó las verdades del pueblo llano

Manuel Martín Martín

Sevilla (El Mundo)

Actualizado Miércoles, 13 mayo 2026 - 12:56

Una larga enfermedad iniciada con el ictus apoplético que le sobrevino hace justo siete años y que le obligó a retirarse de los escenarios, ha desencadenado el adiós

definitivo al personaje más popular de la historia contemporánea del flamenco. José Domínguez Muñoz (Aznalcóllar, 1944 - Bormujos, 2026), conocido con el remoquete de El Cabrero, ha muerto este miércoles en el Hospital San Juan de Dios del Aljarafe, centro donde, después de una larga enfermedad, se encontraba ingresado a la espera de que se le realizase un TAC por una mancha que se le había detectado en el pulmón.

A las siete de la mañana le sobrevino la muerte, justo al hombre que le había cantado a la vida y a la lucha por la libertad de los demás. Contaba con 81 años de edad y estaba retirado de los escenarios desde hacía siete años quedando, empero, en el recuerdo y la memoria de sus incontables seguidores como el cantaor más contratado de su tiempo, dado que provocaba el delirio entre unos aficionados que, paradójicamente, peregrinaban desde los puntos más distantes de la geografía española y resto de Europa a fin de encontrar en la voz de El Cabrero el santuario de sus devociones sonoras.

La capilla ardiente quedará instalada en el Teatro Municipal de Aznalcóllar, a fin de que puedan despedirlo los amigos, compañeros y seguidores, para al día siguiente ser incinerado ante la privacidad familiar de su mujer, Elena Bermúdez, hijos y nietos, entre el que se encuentra el cantaor El Crespo Zapata, legatario del argumentario sonoro del padre.

Si hay iconos en el flamenco que son indisolubles, es decir, que no se pueden separar sin alterar su función divulgativa, esos son el cante sin artificio y el cantaor José Domínguez Muñoz, El Cabrero, en quien la afición descubrió hace años que mientras algunos tropezaban con un muro de silencios, el de Aznalcóllar rompía los tabiques de la hondura a base de entrega, profesionalidad y desobediencia ante lo establecido.

Y lo hacía ajustando las melodías al cordaje de la guitarra, en tanto abordaba los tientos, mariana, farruca, romance, liviana, toná-liviana, serrana, malagueña, jabera o rondeña, bien templándose por martinete, soleá, caña, bambera o bulerías por soleá; sangrándose en los tercios de una seguiriya imposible, o, entre otros como los cantes mineros, trilla, zambra o cuplés, imponiendo su verdad en los fandangos, con variantes siempre apoyadas en un severo matiz de rebeldía.

El flamenco indomable

Estamos, pues, ante un cantaor largo y autor de letras de oro con las que ha protagonizado uno de los capítulos más indomable del flamenco contemporáneo. Su última actuación fue el 21 de febrero de 2020 en la jornada inaugural del XXIV Festival de Jerez. Fue su despedida de los escenarios.

El flamenco no le dijimos adiós, pero sí un hasta luego al cantaor más solicitado allende nuestras fronteras y uno de los más lúcidos y sinceros para comunicar su visión de la realidad andaluza, una voz que presenta una trayectoria jalonada por la ortodoxia en las formas, el rigor en la expresión y la coherencia en los contenidos, sin olvidar que son su reconocimiento a los maestros históricos y la reactualización de sus mensajes, los que abonan la actitud formal de quien estuvo comprometido con su tiempo.

Esto explica que tanto el tejido asociativo como los cabales no desdeñaron encontrar en él al cantaor profundo que une su sed de justicia con la esperanza resplandeciente de hallar un día caridad para la tierra. Por ello El Cabrero ha sido para la juventud y sus seguidores bastante más que un consuelo, aunque nunca remedio de sus males. Y esta es una razón más para creer en él.

La otra es que El Cabrero ha sido/es un andaluz que, después de abrazar la gloria en los más insólitos lugares del mundo, ha permanecido siempre impertérrito y fiel a su ideario, de ahí que los públicos más diversos reclamaran su presencia cuantos años seguidos fuesen menester. Y todo porque la gran lección de José Domínguez es que el ser humano no nace libre, se vuelve libre. Por eso su patria es la libertad. Y así se mostró a lo largo de su vida quien se dedicó desde la infancia al cuidado de las cabras, después de nacer en la localidad sevillana de Aznalcóllar el 19 de octubre de 1944.

Hombre de campo y amigo de los cantes

El 15 de febrero de 1972 debutó como miembro de La Cuadra, de Sevilla, donde en su gira por Europa conocería a su mujer, Elena Bermúdez, dando en marzo de 1973 su primer concierto en solitario en el Théâtre de l'Atelier, de Ginebra.

A partir de ahí se propuso demostrar al mundo que él es un hombre de campo y amigo de los cantes, más que un cantaor al uso. Fue entonces que fichó por el sello Belter y grabó Así canta El Cabrero, obra que le permitió una estrecha amistad con el poeta José Carrasco Domínguez, comenzando así a participar en los festivales flamencos de la canícula, iniciando así una labor discográfica a la que seguiría tres nuevos LP, tal que A esta tierra que es mi madre, Tierras duras y A paso lento.

Pues bien, el parto con Belter fue fructífero, ya que con ellos grabó en seis ocasiones, en tanto que de su amor por Elena nacieron Joselito, Amanda y Emiliano (el actual Crespo Zapata), tres hijos que pueden sentirse orgullosos de tener por padres a dos luchadores de la libertad y de la decencia flamenca, como se constata en sus siguientes obras, A mí me llaman Cabrero y Luz de Luna.

Tras pasar por el IX Concurso Nacional de Córdoba, donde obtuvo el 17 de mayo de 1980 los Premios Nacionales Mercé la Serneta (soleá) y Manuel Reyes el Canario (malagueña), El Cabrero creció en popularidad en una época en que se inicia, a qué engañarnos, una fuerte campaña contra él. Lo quisieron quitar de la vida y del cante.

Unos, por la batalla que le plantó a quienes se adueñaron de las veredas o servidumbre de paso, y otros, porque no podían permitir la libertad de expresión en un sistema democrático, al punto que para joderlo llegaron a decir de todo: que si no tenía cabras, que lo que tenía era una finca de olivos, que si patatín que si patatán, que incluso era millonario... Pero nadie dijo jamás el ejercicio de solidaridad que siempre tuvo con sus compañeros o la de veces que donaba íntegramente su caché (600.000 pesetas de las de entonces) en los festivales que antaño se hacían a beneficio de la Institución para la Tercera Edad de los Artistas Flamencos (ITEAF). No, eso no interesaba. Para destruirlo lo que importaba era la manipulación y el amarillismo informativo.

Reseñado asunto tan vomitivo, El Cabrero prosigue con su obra y graba dos discos, Dale Alas... (1ª parte Antología del Fandango de Huelva) y Que corra de boca en boca, a los que le seguiría Le sigo cantando a Huelva (2ª parte Antología del Fandango de Huelva), sin ocultar nunca su admiración por su amigo y maestro Paco Toronjo.

Un andaluz encadenado a la libertad

En los años 80 copa la máxima atención junto a figuras como La Paquera, Fernanda y Bernarda, Fosforito, El Lebrijano o Camarón de la Isla, y el 23 de junio de 1988 presentaría Encina y Cobre, con la guitarra de Paco del Gastor (Senador, 1988), y rueda la película El Cabrero. El cante de la Sierra, que obtendría el Premio Especial del Festival de Montreux, sin que cesaran sus grabaciones, como Por la huella del fandango (1ª parte Antología del fandango natural) (1989) y De la Cuadra a la Carbonería (1991).

A los que antecede sumamos los Mano a mano que sostuvo con Paco Toronjo y El Lebrijano en 1993. Un año a retener, ya que el 27 de agosto de 1993, El Cabrero se erige en representante de España en los conciertos de Músicas de Mundo por los EEUU, una gira organizada por el cantante Peter Gabriel y compartiendo cartel escenario con artistas de la talla de Lenny Kravitz, Ziggy Marley, John Trudell, Chick Corea, Gilberto Gil o Taraf de Haïdouks, entre otros.

En julio de 1994 se presenta Paris 94. El Cabrero en directo, con la guitarra de Paco del Gastor, y el 25 de noviembre, después de diez años sin cantar en Sevilla a instancias de una institución pública, sienta cátedra en la Universidad de Sevilla.

Aborda, igualmente, Como el viento de Poniente (1996), así como Sin remache, un disco de tango argentino que sorprendió a todos, para continuar con Un diálogo sin artificios (1998), incorporar a la guitarra de Manuel de Palma en 2000, y principiar con los sustos cuando el 22 de marzo de 2003, de regreso de París para una gira por Cataluña, es ingresado en Barcelona por mor de haber contraído fiebres maltas, pero nuestro cantaor sale de este escollo y se incorpora a sus recitales secundado desde 2007 con Rafael Rodríguez Cabeza, siendo su última escolta el guitarrista Manuel Herrera.

Y sí hasta su retirada. Mas el mundo de la cultura flamenca no despide hoy, pues, a un cantaor más. Da su último adiós a un hombre comprometido con su cultura y un andaluz no atado a nadie más que a la responsabilidad del género que representaba, y sólo encadenado a la libertad para expresarlo.